

# D'ANNUNZIO

Por JOSE SILVA

Para Raffaele Cantoni y Aldo Cicognani

LA primera vez que me encontré con D'Annunzio fue durante la guerra, en el Lido de Venecia.

Los miles y miles de turistas que conocen la vida elegante y el movimiento febril de la gran playa cosmopolita, no podrían imaginarla cómo fue durante los años de la guerra.

La pequeña y coqueta ciudad, que cuenta actualmente con unos 60,000 habitantes, estaba entonces punto menos que deshabitada; las calles tristemente desiertas ofrecían sólo de vez en cuando el espectáculo de grupos armados que marchaban silenciosos.

D'Annunzio, en calidad de oficial en misión, estaba entonces ocupado en una oficina de la defensa de la ciudad incomparable, que nadie había sabido como él, en "El fuego", amar, entender y describir.

En una mañana triste, de invierno, llegamos un amigo mío y yo entre la bruma del Lido desolado, y el primer oficial que se nos puso enfrente fue el capitán Gabriel D'Annunzio.

Los jóvenes oficiales que entonces éramos nosotros, nos sorprendimos al ver tan cerca al poeta que desde nuestra no lejana adolescencia habíamos comenzado a admirar.

De ese encuentro, recuerdo la cortesía profunda con que habló de todos nosotros los "goliardi" (estudiantes universitarios) oficiales de infantería improvisados, que nos hallábamos expuestos no sólo a los peligros mecánicos en las trincheras, sino también a la vida extenuante y repulsiva "della chiavica" (albañal).

Físicamente el poeta no era ciertamente un Adonis; además, las huellas de una vida irregular eran evidentes en su rostro lampiño de hombre que había franqueado los 50 años.

Sin embargo, cuando él hablaba, con un ligero defecto de pronunciación, en el delicioso lenguaje que fue de Dante y de Boccaccio, causaba en los oyentes un verdadero encanto, pues de su boca caían sin esfuerzo los recuerdos, las imágenes, las comparaciones más imprevistas y todas fluían

desordenadas, pero revestidas de los más apropiados sonidos que puede ofrecer aquella riquísima lengua, hija mayor del latín.

•

Cuando en el año de 1914 estalló la guerra europea, hubo en Italia sólo unos cuantos grupos de intelectuales que abogaban por la intervención en favor de Bélgica, Francia y las demás potencias.

El poeta, desde el primer día entró en la lucha —es éste un título de honor para él— y nunca quiso figurar en el rebaño de las agrupaciones políticas.

Habló mucho, y escribió más en ese período histórico, pero siempre y sólo a nombre suyo, a nombre de Gabriele D'Annunzio, que orgullosamente asumía la representación del sentimiento nacional.

El, que siempre fue un aristócrata con todas sus cualidades y sus defectos, fue el *artifex maximus* en reivindicar para Italia las provincias *irredentas*, dominadas por Austria y, al mismo tiempo, defender la civilización latina amenazada entonces por los Imperios Centrales.

Conceptos y aspiraciones que constituían en su cerebro algo muy confuso, pero también algo muy noble.

Apenas fue proclamada la guerra de Italia, éste hombre de 50 años quiso servir, dando un ejemplo magnífico y exponiendo muchas veces su vida, en empresas que se pueden atribuir, en parte—por su concepto y por su ejecución—, al indomable orgullo del Poeta, pero que constituyen también páginas inolvidables en la reciente historia de Italia.

¿Cómo no recordar la "Beffa di Buccari" y el vuelo sobre Viena? Organizó el poeta-soldado una pequeña escuadrilla de aeroplanos que saliendo de Italia, se lanzaron hasta Viena, la capital enemiga, donde, en lugar de bombas, dejaron caer miles de miles de folletos e impresos. Vuelo éste

que hace más de veinte años, tuvo el carácter de muy peligroso y audaz, sobre todo a causa de la entonces atrasada mecánica de los aparatos.

Uno de aquellos pilotos, buen amigo mío, me contaba que el poeta nunca había perdido su calma y que, con júbilo casi infantil, se había divertido en dejar caer los pequeños volantes en las avenidas pintorescas de la ciudad imperial.

Curiosa e interesante característica suya fue ésta: la pasión—que es florentina, más que de los Abruzos—para la “beffa”.

Nos es posible recordar aquí sólo sus “beffe” históricas; pero no es irreverente pensar en otras innumerables de las cuales fueron víctimas durante toda su vida mujeres nada vulgares, atraídas y encantadas por ese cruel corsario del amor.

La empresa de Fiume, que fue encabezada por D’Annunzio, no es—como erróneamente se opina fuera de Italia—un episodio de carácter individual ni por el concepto ni por la iniciativa.

El nombre del poeta fue, sin duda, un magnífico incentivo para realizarla; pero en la atmósfera italiana del inmediato período post-bélico, el entusiasmo por reivindicar la italianidad de Fiume, estaba muy difundido; así que D’Annunzio no fue entonces sino el porta-estandarte aparente de un movimiento generoso ya bastante amplio.

La permanencia en Fiume y la autoridad absolutamente dictatorial de que el poeta gozaba por entonces, contribuyeron sin duda a excitar en él hasta su máximo el exagerado sentimiento de sí mismo, que fue siempre su prerrogativa y el resorte inexhausto de su vida.

Piénsese que en Fiume tenía D’Annunzio bajo su mando centenares y centenares de soldados, de marineros, de aviadores; disponía de barcos, de aviones, de cañones.

Además, tenía la oportunidad, como regente de una población civil, de constituirse en legislador.

Por eso, la actividad siempre multiforme del poeta tuvo allá la posibilidad de encontrar nuevos materiales y novísimos impulsos.

Por eso puedo afirmar que D’Annunzio fue un verdadero príncipe en pequeño, aun antes de tener el título de Montenevoso que le otorgó el Gobierno hace no muchos años y cuando vivía ya aislado en su hermosa aldea de Gardone.

De todo el período en que muchos italianos—ya en Fiume, ya dispersos por Italia—vivíamos la pasión fiumana, entre otras cosas será siempre

de digna memoria la creación efímera de las corporaciones *dannunziane*, que se inspiraban en una pura tradición itálica medioeval y que se propugnaban emancipar el mundo del trabajo, basándose en conceptos históricamente nacionales y al mismo tiempo revolucionarios, según el molde de Mazzini.

Hace ya muchos años el poeta vivía en la magnífica quinta de Gardone-Riviera, a orillas del lago de Garda, que el Gobierno le había ofrecido en nombre de la nación.

Viejo, aislado, olvidado casi, tenía D’Annunzio en su palacio, sobre las alturas, una verdadera pequeña corte que comprendía cortesanos y, naturalmente, damas de compañía.

Pasaba su tiempo principalmente en un salón donde por abajo de las copias tomadas en el Partenón, los rarísimos visitantes podían admirar modelos de aeroplanos, piezas de hélices, esqueletos de caballos y de hombres, útiles de herrería y de carpintería, máscaras fúnebres, cartas de “la Serenissima Repubblica di Venezia”; el molde de una pierna de danzarina y el de la mano de un violinista célebre...; *lacrymae rerum*.

La versatilidad nerviosa de que la naturaleza había dotado al poeta, estimuló en los últimos años su actividad hacia las obras de artesano.

En Gardone, donde aquella su pasión de tener dinero, mucho dinero para gastarlo sin medida, pudo ser constantemente satisfecha, instituyó talleres de arte, donde él mismo se complacía en trabajar la madera, el hierro, la plata y hasta la seda y la lana; cosas todas que después, con el prestigio de su fatiga manual, el poeta gustaba ofrecer a las no muy numerosas personas con las cuales conservaba todavía amistad.

“*Donec eris felix multos numerabis amicos*”.

Descansa ahora para siempre Gabrielle D’Annunzio en su quinta magnífica, entre los recuerdos queridos de su vida, de sus aventuras y de sus pasiones.

Las generaciones italianas de la gran guerra reconocieron y amaron a D’Annunzio como ningún otro poeta o escritor pudo ser amado por sus contemporáneos.

Su raro destino siguió un ritmo inconstante, donde alternaron momentos de fortuna increíble y crisis económicas y morales muy dolorosas; pero nunca le faltó la admiración intelectual de

sus compatriotas cultos ni la fidelidad de los jóvenes.

En los liceos italianos de antes de la guerra, los escritos de Gabriele eran todos puestos en el "Índice"; pero los jóvenes y los adolescentes no por esto dejaban de leer y asimilar mucho del estilo *imaginifico* del Poeta; así que en todos los escritores italianos de este siglo es fácil notar su influjo indiscutible y voluntariamente aceptado.

Para mí el poeta fué sobre todo un músico maravilloso que no tenía la necesidad de escribir en verso para darnos admirables ritmos.

Hay muchísimas páginas que se leen y se releen con un sensual placer auditivo, pues su prosa tiene con frecuencia el ritmo armonioso de una cantante poesía y hay realmente entre las infinitas páginas del Italiano muchísimos párrafos que uno se aficiona a leer sacudiendo las frases y haciendo resonar su recóndita onomatopeya.

Además, hay temas pensados y prosódicamente estilizados por él, que contienen poesía y sabiduría casi orientales.

Frente a su estilo único, a su producción enorme y en gran parte desconocida en el extranjero, no hay que sorprenderse de la influencia incomparable que D'Annunzio tuvo y que todavía tiene sobre la Italia de la cultura.

Sin embargo, se debe observar que, como pasa siempre, los imitadores y los discípulos han exagerado su manera.

Así, por ejemplo, sólo él podía permitirse aquel lujo de describir a alguien con la abundancia de tres maravillosos adjetivos "arzilla, ferrigno, rubizzo", de los cuales el poeta poseía un óculto tesoro.

Sólo él podía brindar al vocabulario italiano muchas palabras nuevas o rejuvenecidas. Por voluntad suya el aeroplano fue el "velivolo"; el yacht fué el "panfilio"; el juego del tennis el "rimbalzello".

Los imitadores sin talento han caído en el ridículo y desgraciadamente el estilo dannunziano contribuyó con sus metáforas y sus hipérbolos a la difusión de esa retórica exagerada que se puede encontrar en muchos escritores, sobre todo en periodistas italianos contemporáneos.

Hasta cierto punto se puede afirmar que esta influencia del poeta no sólo se revela en las manifestaciones culturales, sino también en la "forma mentis" de la juventud italiana.

Pues es evidente que lemas sonoros y estupendos como:

"osare l'inosabile" (osar lo *inosable*)

"non é mai tardi per andar piú oltre" (nunca es (tarde para ir más lejos)

"memento audere semper" (recuerda ser siempre (osado);

no pueden menos que dejar huellas profundas en la actitud mental de las jóvenes generaciones.

Hay que reconocer, sin embargo, que la obra de D'Annunzio nunca tuvo carácter universal y no pudo llegar a ser difundida y entendida en el extranjero.

Si el estilo es el hombre, el estilo de un poeta, dueño incomparable de su idioma, no es fácilmente comprensible ni para sus mismos coterráneos.

Y, de hecho, el arte de Gabriele D'Annunzio nunca fué de carácter popular y nunca fué más allá de las esferas intelectuales italianas, únicas que podían entenderlo, aparte muy restringidas *élites* extranjeras.

Conozco, es verdad, traducciones que de obras suyas se han hecho; sin embargo el poeta se reía de estas tentativas, aun cuando—por lo que respecta al francés y únicamente tratándose de algunas novelas y dramas—él las había autorizado.

Pero, cuando una serie de tristes desventuras le obligó a refugiarse en Francia, antes de la guerra, y vivió muchos años en el delicioso pinar de Archachon, D'Annunzio, que siempre había amado la cultura gala, quiso escribir directamente en el idioma francés.

"Le Martyr de Saint-Sébastien" es obra de exquisita belleza y nadie puede desconocer que su estilo es fuertemente castizo.

Por el contrario, sus libros traducidos han perdido todo el encanto de aquel estilo inimitable que—más aún que el contenido de los mismos—les da su carácter de obras de arte.

Para él todo argumento no era sino un pretexto innecesario para tejer la tela de sus maravillas idiomáticas.

Sensual en todas sus manifestaciones, yo le ví saborear gustoso sus palabras que delectaba frecuentemente con íntimo gozo; y pienso que, también cuando escribía, la eficacia eufónica de sus frases era el fin más importante que el poeta se proponía conseguir.

Bajo los árboles estupendos que inspiraron a Catulo, descansa ahora para siempre Gabriele D'Annunzio, el esteta fileleno que marcó con su paso por el mundo la vida intelectual de dos generaciones de italianos.